

recia gúmena de galera que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas: cubriale la cabeza un sombrero viejo, sin cordon ni toquilla, y los piés unos alpargates rotos, y ocupábale la mano un bordon hecho á manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota y toda penitente, y como despues se echó de ver, toda de mala condicion. Saludáronla en llegando, y ella les volvió las saludes con la voz que podia prometer la chatedad de sus narices, que fué mas gangosa que suave. Preguntáronla dónde iba, y qué peregrinacion era la suya; y diciendo y haciendo, convidados como ella del ameno sitio, se le sentaron á la redonda, dejaron paecer el bagaje que les servia de recámara, de despensa y botilleria, y satisfaciendo á la hambre, alegremente la convidaron, y ella respondiendo á la pregunta que la habian hecho, dijo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad, y así me parece que será bien deciros, que por ahora voy á la gran ciudad de Toledo á visitar á la devota imágen del Sagrario, y desde allí me iré al Niño de la Guardia, y dando una punta como halcon noruego, me entretendré con la santa Verónica de Jaen, hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra-Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra tal, segun he oido decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, á quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fija, y pintárosela con palabras, y ponérosela delante de la vista, para que comprendiéndola, viérades la mucha razon que tengo de alabárosla; pero esta es carga para otro ingenio, no tan estrecho como el mio: en el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galeria está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí está el monte, ó por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imágen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que lo rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser poco mas de media. En este espacioso y ameno sitio, tiene su asiento, siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del rio Jandula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la imágen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y léjos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España, sobre cuantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan.

Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja peregrina, y casi les comenzó á bullir en el alma la gana de irse con ella á ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no dió lugar á que nuevos deseos lo impidiesen. Desde allí, prosiguió la peregrina, no sé que viaje será el mio, aun-

que sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos peregrinos que se usan. A lo que dijo Antonio el padre: Paréceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Eso no, respondió ella, que bien sé que es justa, santa y loable, y que siempre la ha habido, y la ha de haber en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto, por el camino real que junto á ellos estaba, vieron venir á un hombre á caballo, que llegando á igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles y hacerles cortesía, habiendo puesto la cabalgadura, como despues pareció, la mano en un hoyo, dió consigo y con su dueño al traves una gran caída: acudieron todos luego á socorrer el caminante, que pensaron hallar muy mal parado. Arrendó Antonio el mozo la cabalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario que en tales casos se usa, que fué darle á beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dijeron que bien podia volver á subir y á seguir su camino, el cual hombre les dijo: Quizá, señores peregrinos, ha permitido la suerte que yo haya caido en este llano para poder levantarme de los riesgos donde la imaginacion me tiene puesta el alma: yo, señores, aunque no queráis saberlo, quiero que sepais que soy extranjero, y de nacion polaco: muchacho salí de mi tierra, y vine á España, como á centro de extranjeros y á madre comun de las naciones; serví á españoles, aprendí la lengua castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del general deseo que todos tienen de ver tierras, vine á Portugal á ver la gran ciudad de Lisboa, y la misma noche que entré en ella me sucedió un caso, que si lo creyéredes, haréis mucho, y si no, no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en sí misma. Admirados quedaron Periandro y Auristela, y los demas compañeros, de la improvisa y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escuchalle, le dijo Periandro que prosiguiese en lo que decir queria, que todos le darian crédito, porque todos eran cortesés y en las cosas del mundo experimentados.

Alentado con esto el caminante, prosiguió diciendo: Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ó ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me habia parecido bien una donde me habia apeado, al pasar de un lugar estrecho y no muy limpio, un embozado portugues con quien encontré, me desvió de sí con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo: despertó el agravio la cólera, remití mi venganza á mi espada, puse mano, púsola el portugues con gallardo brío y desenvoltura, y la ciega noche y la fortuna mas ciega á la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adónde, encaminó la punta de mi espada á la vista de mi contrario, el cual dando de espaldas, dió el cuerpo al suelo y el alma adonde Dios sabe. Luego me representó el temor lo que habia hecho; pasméme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adónde; mas el rumor de la gente que me pareció que acudia, me puso alas en los piés, y con pasos descon-

certados volví la calle abajo buscando dónde esconderme ó adónde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiese no me hallase con manifiestos indicios de mi delito: yendo pues así ya del temor desmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojéme á ella sin saber con qué disinio: hallé una sala baja abierta y muy bien aderezada, alargué el paso y entré en otra cuadra tambien bien aderezada, y llevado de la luz que en otra cuadra parecia, hallé en un rico lecho echada una señora, que alborotada, sentándose en él, me preguntó quién era, qué buscaba, y adónde iba, y quién me habia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto. Yo le respondí: Señora, á tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros que soy un hombre extranjero, que á lo que creo, dejo muerto á otro en esa calle, mas por su desgracia y su soberbia, que por mi culpa: suplicoos por Dios y por quien sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. ¿Sois castellano? me preguntó en su lengua portuguesa. No, señora, le respondí yo, sino forastero, y bien léjos desta tierra. Pues aunque fuérais mil veces castellano, replicó ella, os librara yo si pudiera, y os libraré si puedo; subid por cima deste lecho, y entráos debajo deste tapiz, y entráos en un hueco que aquí hallaréis, y no os movais, que si la justicia viniere, me tendrá respeto, y creará lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandó, alcé el tapiz, hallé el hueco, estrechéme en él, recogí el aliento y comencé á encomendarme á Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entró un criado de casa, diciendo casi á gritos: Señora, á mi señor D. Duarte han muerto, aquí le traen pasado de una estocada de parte á parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la cual apenas se oyeron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho que dice que vió entrar un hombre huyendo en esta casa. Este debe de ser el matador sin duda, respondió la señora, y no podrá escaparse: ¡cuántas veces temia yo, ay desdichada, ver que traian á mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias!

En esto, en hombros de otros cuatro entrarón al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la cual con voz lamentable comenzó á decir: ¡Ay venganza, y cómo me estás llamando á las puertas del alma; pero no consiente que responda á tu gusto el que yo tengo de guardar mi palabra! ¡Ay, con todo esto, dolor, que me aprietás mucho! Considerad, señores, cuál estaria mi corazon, oyendo las apretadas razones de la madre, á quien la presencia del muerto hijo me parecia á mí que le ponian en las manos mil géneros de muertes con que de mí se vengase, que bien estaba claro que habia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero ¿qué podia yo hacer entónces, sino callar y esperar en la misma desesperacion? y mas cuando entró en el aposento la justicia, que con comedimiento dijo á la señora: Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entró en esta casa el homicida deste caballero, nos hemos atrevido á entrar en ella. Entónces yo abrí los oídos, y estuve atento á las respuestas que daría la afligida madre, la cual respondió llena el alma de generoso ánimo y de piedad cristiana: Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no á lo ménos en esta estancia: por allá le pueden buscar, aunque plegue á Dios que no

le hallen, porque mal se remedia una muerte con otra, y mas cuando las injurias no proceden de malicia.

Volvióse la justicia á buscar la causa, y volvieron en mí los espíritus que me habian desamparado: mandó la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajasen, y desde luego diesen orden en su sepultura: mandó asimismo que la dejasen sola, porque no estaba para recibir consuelos y pésames de infinitos que venían á dárselos, así de parientes como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamó á una doncella suya, que á lo que pareció, debió de ser de la que mas se fiaba, y habiéndola hablado al oído la despidió, mandándole cerrase tras sí la puerta: ella lo hizo así, y la señora, sentándose en el lecho, tentó el tapiz, y á lo que pienso me puso las manos sobre el corazon, el cual palpitando apriesa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo cual, me dijo con baja y lastimada voz: Hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaba: pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra á mi venganza, y así en cumplimiento de la promesa que te hice de librarle cuando aquí entraste, has de hacer lo que ahora te diré. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuido en abrir los ojos no me obligues á que te conozca, y sal dese encerramiento y sigue á una mi doncella, que ahora vendrá aquí, la cual te pondrá en la calle y te dará cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, sosiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delincuente.

En esto volvió la doncella, yo salí detras del paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besé el pié de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella que, asimismo callando, me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardín, á oscuras, me puso en la calle. En viéndome en ella lo primero que hice fué limpiar la espada, y con sosegado paso salí acaso á una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me encontré en ella, como si por mí no hubiera pasado ni próspero suceso ni adverso; contóme el huésped la desgracia del recién muerto caballero, y así exageró la grandeza de su linaje, como la arrogancia de su condicion, de la cual se creia le habria granjeado algun enemigo secreto que á semejante término le hubiese conducido. Pasé aquella noche dando gracias á Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto ánimo cristiano y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que así supe se llamaba en ella lo bienhechora: salí por la mañana al rio, y hallé en él un barco lleno de gente, que se iba á embarcar en una gran nave que en Sangian estaba de partida para las Indias orientales; volvíme á mi posada, vendí á mi huésped la cabalgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, volví al rio y al barco, y otro dia me hallé en el gran navío fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba: quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudiera hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible nacion portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos: allí granjeé algun

oro y algunas perlas, y cosas mas de valor que de bulto, con las cuales y con la ocasion de volverse mi general á Lisboa, volví á ella, y de allí me puse en camino para volverme á mi patria, determinando ver primero todas las mejores y mas principales ciudades de España: reduje á dineros mis riquezas, y á póizas lo que me pareció ser necesario para mi camino, que fué el que primero intenté venir á Madrid, donde estaba recién venida la corte del gran Felipe III; pero ya mi suerte, cansada de llevar la nave de mi ventura con próspero viento, por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda, y así hizo que en llegando una noche á Talavera, un lugar que no está léjos de aquí, me apeé en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en él hallé la de mi honra.

¡Oh fuerzas poderosas de amor: de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, y con cuánta facilidad atropellas disinios buenos, intentos castos, proposiciones discretas! Digo pues que estando en este meson, entró en él acaso una doncella de hasta diez y seis años, á lo ménos á mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenía veinte y dos: venía en cuerpo y en tranzado, vestida de paño, pero limpiísima, y al pasar junto á mí me pareció que olía á un prado lleno de flores por el mes de mayo, cuyo olor en mis sentidos dejó atrás las aromas de Arabia: llegóse la cual á un mozo del meson, y hablándole al oído, alzó una gran risa, y volviendo las espaldas, salió del meson, y se entró en una casa fronterera: el mozo mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcanzar sino fué con una cox que le dió en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa; esto vió otra moza del mismo meson, y llena de cólera dijo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la santigües á coces. Como esas le daré yo, si vivo, respondió el Alonso: calla, Martina amiga, que estas mocitas sobresalientes, no solamente es menester ponerles la mano, sino los piés y todo; y con esto nos dejó solos á mí y á Martina, á la cual le pregunté que qué Luisa era aquella, y si era casada ó no. No es casada, respondió Martina; pero serálo presto con este mozo Alonso que habeis visto; y en fe de los ratos que andan entre los padres della y los del, de esposa, se atreve Alonso á molella á coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca, porque si va á decir la verdad, señor huésped, la tal Luisa es algo atrevidilla y algun tanto libre y descompuesta; harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dejará de seguir su gusto si la sacan los ojos; pues en verdad, en verdad, que una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad, que buen siglo haya la madre que me parió, que fué persona que no me dejó ver la calle, ni aun por un agujero, cuanto mas salir al umbral de la puerta; sabía bien, como ella decia, que la mujer y la gallina, etc. Dígame, señora Martina, le repliqué yo, ¿cómo de la estrechez dese noviciado vino á hacer profesión en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en eso, dijo Martina, y aun yo tuviera mas que decir destas menudencias, si el tiempo lo pidiera ó el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Dónde el polaco da fin á la narracion de su historia.

Con atencion escuchaban los peregrinos al peregrino, cuando del polaco ya deseaban saber qué dolor traia en el alma, como sabían el que debía tener en el cuerpo, á quien dijo Periandro: Contad, señor, lo que quisiéredes y con las menudencias que quisiéredes, que muchas veces el contarlas snele acrecentar gravedad al cuento; que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto á un faisán bien aderezado, un plato de una fresca, verde y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje, en cualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso y de Martina acoceada á vuestro gusto, á Luisa casada, ó no la caseis, séase ella libre y desenvuelta como un cernícalo, que el toque no está en sus desenvolturas, sino en sus sucesos, segun lo hallo yo en mi astrología. Digo pues, señores, respondió el polaco, que usando de buena licencia, no me quedará cosa en el tintero que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo el que entonces tenía, que no debía de ser mucho, fui y vine una y muchas veces aquella noche á pensar en el donaire, en la gracia y en la desenvoltura de la sin par, á mi parecer, ni sé si la llame vecina, moza ó conocida de mi huésped: hice mil disinios, fabriqué mil torres de viento, caséme, tuve hijos y dí dos higas al que dirán; y finalmente, me resolví de dejar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera casado con la diosa Vénus, que no ménos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero; pasóse aquella noche, tomé el pulso á mi gusto, y halléle tal, que á no casarme con ella, en poco espacio de tiempo habia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya habia depositado en los ojos de mi labradora; y atropellando por todo género de inconvenientes, determiné de hablar á su padre, pidiéndosela por mujer: enseñéle mis perlas, manifestéle mis dineros, díjele alabanzas de mi ingenio y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones y con el alarde que le habia hecho de mis bienes, vino mas blando que un quante á condescender con mi deseo, y mas cuando vió que yo no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento y satisfecho deste concierto. Quedó Alonso despechado, Luisa mi esposa rostrituerta, como lo dieron á entender los sucesos que de allí á quince dias acontecieron con dolor mio y vergüenza suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas y dineros míos, con los cuales y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad y en los piés, desapareció de Talavera dejándome burlado y arrepentido, y dando ocasion al pueblo á que de su inconstancia y bellaquería en corrillos hablasen; hízome el agravio acudir á la venganza, pero no hallé en quién tomarla sino en mí propio, que con un lazo estuve mil veces para ahorcarme; pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos me guarda, ha ordenado que mis enemigos hayan parecido presos en la cárcel de Madrid, de donde he sido avisado que vaya á ponerles la demanda y á seguir mi justicia: y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada

carga de su delito, que me trae aterrado y consumido: vive Dios que han de morir, vive Dios que me he de vengar, vive Dios que ha de saber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los queson tan dañosos que se entran hasta las médulas del alma: á Madrid voy, ya estoy mejor de mi caída, no hay sino ponerme á caballo, y guárdense de mí hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen á los oídos ni ruegos de frailes, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dádivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de grandes, ni toda la caterva que suele proceder á semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el aceite sobre el agua; y diciendo esto se iba á levantar muy lijero, para volver á subir y á seguir su viaje: viendo lo cual Periandro, asiéndole del brazo le detuvo, y le dijo: Vos, señor, ciego de vuestra cólera, no echais de ver que vais á dilatar y á extender vuestra deshonra: hasta agora no estáis mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y agora vais á serlo de los que os conocerán en Madrid: quereis ser como el labrador que crió la vibora serpiente en el seno todo el invierno, y por merced del cielo, cuando llegó el verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la halló, porque se habia ido; el cual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso ir á buscar y volverla á anidar en su casa y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le está bien hallar, y á lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye puente de plata, y el mayor que el hombre tiene, suele decirse que es la mujer propia; pero esto debe de ser en otras religiones que en la cristiana, entre las cuales los matrimonios son una manera de concierto y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad: pero en la religion católica el casamiento es sacramento que solo se desata con la muerte, ó con otras cosas que son mas duras que la misma muerte, las cuales pueden excusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron: ¿qué pensais que os sucederá cuando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados y renidos, encima de un teatro público, á la vista de infinitas gentes, y á vos blandiendo el cuchillo encima del cadalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decis, vuestra honra? ¿Qué os puede suceder, como digo, sino hacer mas público vuestro agravio? porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pié, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, á lo ménos en tanto que vive el agraviado: así que, señor, volved en vos, y dando lugar á la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto á que perdoneis á vuestra mujer para volverla á vuestra casa, que á esto no hay ley que os obligue: lo que os aconsejo es que la dejeis, que es el mayor castigo que podréis darle: vivid léjos della, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fué muy usada entre los romanos; y puesto que sería mayor caridad devolverla, recogerla, sufrirla y aconsejarla, es menester tomar el pulso á la paciencia, y poner en un punto extremado á la discrecion, de la cual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas cuando la contrastan inconvenientes

tantos y tan pesados; y finalmente quiero que consideréis que vais á hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca.

Atento estuvo á estas razones de Periandro el colérico polaco, y mirándole de hito en hito, respondió: Tú, señor, has hablado sobre tus años: tu discrecion se adelanta á tus dias, y la madurez de tu ingenio á tu verde edad: un ángel te ha movido la lengua, con la cual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo sino es la de volverme á mi tierra á dar gracias al cielo por la merced que me ha hecho; ayúdame á levantar, que si la cólera me volvió las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Eso harémos todos de muy buena gana, dijo Antonio el padre, y ayudándole á subir en el macho, abrazándole á todos primero, dijo que queria volver á Talavera á cosas que á su hacienda tocaban, y que desde Lisboa volveria por la mar á su patria: díjoles su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en castellano Martin Banedre; y ofreciéndoseles de nuevo á su servicio, volvió las riendas hácia Talavera, dejando á todos admirados de sus sucesos y del buen donaire con que los habia contado: aquella noche la pasaron los peregrinos en aquel mismo lugar, y de allí á dos dias en compañía de la antigua peregrina llegaron á la Sagra de Toledo, y á vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas y claro por sus líquidos cristales.

CAPITULO VIII.

De cómo los peregrinos llegaron á la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

No es la fama del rio Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y á todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal versada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella nacion; y así por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamas alabado, como se debe, poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro rio, dijo: No dirémos: *Aquí dió fin á su cantar Salicio*, sino: *Aquí dió principio á su cantar Salicio*: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampona, á cuyo son se detuvieron las aguas deste rio, no se movieron las hojas de los árboles, y parándose los vientos, dieron lugar á que la admiracion de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: ¡Oh venturosas pues cristalinas aguas, doradas arenas: ¿qué digo yo doradas? ántes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino, que como desde léjos os adora, os piensa reverenciar desde cerca! y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fué esto lo que dijo: ¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria, y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve pues, ó ciudad santa, y da lugar que en tí le tengan estos que venimos á verte.

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio el

padre, si tambien como él lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atencion, repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada, y con esto excede la leccion á la vista: casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos que por los valles que la ciudad rodean se extendian, y vieron venir hácia donde ellos estaban escuadrones no armados de infanteria, sino montones de doncellas sobre el mismo sol hermosas, vestidas á lo villano, llenas de sargas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenian su lugar y asiento, con mas gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió á los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro: venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores: campeó aquel dia y en ellas, ántes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan y el raso de Florencia: finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba á las mas ricas de la corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediana, se descubria asimismo la extremada limpieza; todas eran flores, todas rosas, todas donaire y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos: al rededor de cada escuadron andaban por de fuera de blanquísimo lienzo vestidos y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ó ya sus parientes, ó ya sus conocidos, ó ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albogues, y de todos estos sonos redundaba uno solo que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música; y al pasar uno destos escuadrones ó junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno que á lo que despues pareció era el alcalde del pueblo, asíó á una de aquellas doncellas del brazo, y mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante le dijo: ¡ Ah Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¡ bailes son estos para ser profanados? ¡ fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? no sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oír los sordos. Apénas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde, y le dijo: Pedro Cobeño, si os oyese los sordos, sería hacer milagros: contentáos con que nos oigamos á nosotros, y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo, que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar: á lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Majestad en sus fiestas, porque veais, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa; témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos á hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer á los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon á oír la plática: Si va á decir la verdad, señores alcaldes, tan marido es Mari Cobeña de Tozuelo y él marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre: ella está en cinta, y no está para danzar ni bailar; cásenlos, y váyase el diablo para malo, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Par Dios, hija, respondió Tozuelo, vos decis muy bien: entrambos son iguales, no es mas cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara. Agora bien, replicó Cobeño, llamen aquí á mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaba léjos, y lo primero que dijo fué: Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caído en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo y yo su esposa, y perdónenos Dios á entrambos cuando nuestros padres no quisieren. Eso sí, hija, dijo su padre, la vergüenza por los cerros de Ubeda ántes que en la cara; pero pues esto está ya hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habeis querido dejar atras. Par diez, dijo la doncella primera, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo; dénse estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno, como lo manda la santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito, y pasó el baile adelante: que si con esta brevedad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demas peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas; que parecían todas á una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza.

No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio el padre, á quien aguijaba el deseo que tenia de ver á su patria y á sus padres, que no estaban léjos; diciendo que para ver las grandezas de aquella ciudad, convenia mas tiempo que el que su priesa les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde á la sazón estaba la corte, temiendo algun estorbo que su camino les impidiese; confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenían fama de ser hijos de grandes, que aunque pájaros noveles, se abatían al señuelo de cualquier mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese: que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosuras; á lo que añadió Antonio el padre: Desa manera será menester que usemos de la industria que usan las grullas, cuando mudando regiones pasan por el monte Limabo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto mas, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso río, y dejando la ciudad á mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos á Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el disinio del viaje que habia hecho Antonio, dijo que ella queria seguir el suyo, que

le venia mas á cuento: la hermosa Riela le dió dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida: nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiracion y la alegría: vieron iguales y extendidas calles, á quien servian de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes que las hacian parecer de finisimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos rios Jarama y Tajo; contemplaron sus sierras de agua, y admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques con mas peces que arenas, y sus exquisitos frutales; que por aliviar el peso á los árboles tendian las ramas por el suelo: finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcia: desde allí fuéron á la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivian, y se informó de otras cosas que le alegraron, como luego se dirá.

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso: Halla Antonio el bárbaro á sus padres: quédanse con ellos el y Riela su mujer; pero Antonio el mozo y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro y Auristela.

Con los aires de su patria se regocijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar á nuestra Señora de Esperanza á todos se les alegró el alma: Riela y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que habian de ver presto, ella á sus suegros y ellos á sus abuelos, de quien ya se habia informado Antonio que vivian, á pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les habia causado; supo asimismo cómo su contrario habia heredado el estado de su padre, y que habia muerto en amistad de su padre de Antonio, á causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se habia averiguado que no fué afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron fuéron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza á las palabras; y las que se dicen con las espadas desnudas no afrentan, puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisfice su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrará en este ejemplo. Presupongámos que yo digo una verdad manifiesta: respóndeme un desalumbado que miento y mentiré todas las veces que lo dijere, y poniendo mano á la espada sustenta aquella desmentida; yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de volver por la verdad que dije, la cual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respeto que se me tuvo, de modo que el desmentido desta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion que está afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga; porque, como tengo dicho, es grande la diferencia que hay entre agravio y afrenta: en efecto, digo, que supo Antonio la amistad de su padre y de su contrario, y que pues ellos habian sido amigos, se habria bien mirado su causa: con estas buenas nuevas, con mas sosiego y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, á quien contó todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensó ser su enemigo le habia

heredado y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto: fué parecer de Antonio que ninguno saliese de su órden, porque pensaba darse á conocer á su padre, no de improviso, sino por algun rodeo que le aumentase el contento de haberle conocido, advirtiéndole que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un imprevisto pesar.

De allí á tres dias llegaron, al crepúsculo de la noche, á su lugar y á la casa de su padre, el cual con su madre, segun despues pareció, estaba sentado á la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del verano; llegaron todos juntos, y el primero que habló fué Antonio á su mismo padre: ¿ Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es cristiana la gente que le habita, respondió su padre, todas las casas dél son hospital de peregrinos, y cuando otra no hubiera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas; prendas tengo yo por esos mundos adelante, que no sé si andarán agora buscando quien las acoja. ¿ Por ventura, señor, replicó Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en él no vive un apellido de unos hidalgos, que se llaman Villaseñores? dígoles, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien léjos desta tierra, que si él estuviera en esta, no nos faltara posada á mí, ni á mis camaradas. ¿ Y cómo se llamaba, hijo, dijo su madre, ese Villaseñor que decis? Llamábase Antonio, replicó Antonio, y su padre, segun me acuerdo, me dijo que se llamaba Diego de Villaseñor. ¿ Ay, señor, dijo la madre, levantándose de donde estaba, que ese Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia há al pié de diez y seis años que falta desta tierra! comprado le tengo á lágrimas, pesado á suspiros y granjeado con oraciones: plegue á Dios que mis ojos lo vean ántes que les cubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dijo: ¿ há mucho que le vistes, há mucho que le dejastes, tiene salud, piensa volver á su patria, acuérdate de sus padres, á quien podrá venir á ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano padre de Antonio, y llamando á grandes voces á sus criados, les mandó encender luces y que metiesen dentro de casa á aquellos honrados peregrinos; y llegándose á su no conocido hijo, le abrazó estrechamente, diciéndole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciesen el aposento, os le diera yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agasajar en ella á todos cuantos peregrinos por aquí pasan; pero agora con las regocijadas nuevas que me habeis dado ensancharé la voluntad, y sobrepujarán los servicios que os hiciere á mis mismas fuerzas.

En esto ya los sirvientes habian encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habian nacido despues de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Riela su cuñada, no se hartaban de besarlas y de bendecirlas; y cuando esperaban que sus padres entrasen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente, que traian en hombros, sobre una silla sentado, un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde que habia heredado al enemigo que solia ser de su hermano: